

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO.

# LOS MONSTRUOS DEL RAYO Y LOS SUEÑOS DE LOS ANCIANOS AZTECAS



MAUCCI H<sup>OS</sup> MEXICO



BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

---

# LOS MONSTRUOS DEL RAYO

y

los sueños de los ancianos aztecas

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos,—Primera del Relox, 1  
1900;





## Los Monstruos del Rayo



Es tiempo, amiguitos, de contar los atroces pensamientos que enloquecieron el ánimo del Emperador del Anahuac, Moctezuma, Xocoyotzin, cuando por fin supo que en los mares del Golfo de México habían aparecido los terribles hijos del Sol...

¡Cuánta consternación, cuánto pánico, cuánto horror, que inmenso miedo en Moctezuma!  
¿Por qué tanto pasmo?...

¿Se habían cumplido ya los anatemas terribles lanzados contra los reyes malos, contra los emperadores perversos, contra los tiranos que esclavizan y desangran á sus pueblos, sacrificandolos á sus ambiciones?...

¿Moctezuma el rey déspota, el más inícuo de los reyes de los aztecas, habría provocado tanto las cóleras del cielo, que el Sombrío Huitzilopuchtli se enojaba contra él? . . .

. . . . .

Así preguntaban los ancianos guerreros de la ciudad de Mexico á los sacerdotes de los teocallis y así preguntaban también las buenas mujeres, temblando por la suerte de sus hijos, sabiendo que de Moctezuma eran de esperarse las peores miserias.

Pero nadie respondía. ¡También los sacerdotes, los horribles y negros sacerdotes que vertían tanta sangre, estaban sombríos y mudos!

¿Qué pasaba en el altivo México de los descendientes magníficos Axayacatl y Ahuizotl?

Lo que había pasado era terrible. Los embajadores de Moctezuma, enviados á las costas para hablar con los hijos de los dioses que venían en palacios que flotaban sobre las olas del mar, habían regresado á su palacio contando que los hijos de Quetzalcoatl el antiguo Omnipotente Anciano de la Gran Barba de Plata, los que venían en casas sobre el mar, del Reino del Sol, no estaban ya .. que habían desaparecido .. dejando muestras de su poder, fulminando rayos y desatando en las playas unos monstruos espantosísimos, veloces y ágiles que repartían la muerte en su cólera divina.

Aterrado quedó Moctezuma con estas relaciones de sus emisarios.

¡Ah! ¿con qué era verdad?...

¿Con qué era cierto que habrían de llegar los hijos del Sol, los hombres blancos y barbudos apoderándose de su gran imperio que ya llegaba hasta los más lejanos confines por el Norte y Sur?...



—¡Qué vengan mis jorobados, mis enanos y mis adivinos!—gritó el monarca.

Pocos momentos después entraban al vasto salón del palacio los favoritos del inícuo rey mexicano, que mejor prefería á esos monstruos de la naturaleza que á los hombres perfectos y buenos que con sus consejos le hubieran hecho conducirse para con su pueblo

y para con su patria... ¡Ay! ¡qué lejos estaba de ser asil... el perverso y supersticioso emperador... iracible y malvado no admitía sino las bajas adulaciones que hacen la delicia de todos los tiranos. ¡Por eso fué que produjo la perdición de México, entregándose cobarde á los conquistadores aventureros que le arrojaron del trono por medio de su mismo pueblo indignado, como verán más tarde mis buenos lectorcitos...

Pues bien, os decía, que Moctezuma vió entrar á sus favoritos; un montón de monstruosas figuras de imbéciles, de locos y de idiotas... y por otra parte infinidad de mujerzuelas á manera de hombres, todos ataviados con extravagancia, dispuestos á danzar delante de su señor despótico para divertirle en sus horas de fastidio ó de hacerle reir estúpidamente con ridículas payasadas...

Ya iban todos estos viles «mojigangas» á darle una fiesta y á hacerse chistosos con su rey, cuando al verle tan indignado y cólerico, se callaron y muy respetuosamente, arrastrán-

dose como culebras fueron llegando ante él, esperando que les dictara sus órdenes ó que les dijera su voluntad.

\*  
\* \*

—¡Miserables jorobados, enanos viles, monstruos abominables, que no véis mi augusta cólera!

Nadie se atrevió á contestar. Todos temblaban de pavor en la gran sala.

—¡Responded, pronto desdichados!—volvió á rugir el feroz monarca.

Pero ninguno de los jorobadillos, ni ninguno de los siniestros enanos que antes tanto hacían gozar á su amo, osó moverse, ni contestar una sola palabra.

Entonces fué tan espantosa la ira del Rey que gritó con más rabia todavía:

—¡Guardias, guardias!... ¡venid!

Cuando se presentaron dijo á su jefe, que estaba cubierto con una horrible piel de lagarto:



—Cahuaincuitl; ve á que desuellen vivos á diez de esos miserables... Y al instante, antes de que el Tonatihu se duerma y se cobije con su túnica negra, tráeme sus pellejos...

—Pronto los tendrás y serán ejecutadas tus órdenes, Señor, ¡oh Gran Señor, oh! Astro del Imperio Azteca, oh! Sol, el Unico Sol del Mundo!...—respondió con servil agasajo el jefe

de los guardias del Palacio de Moctecuhzoma y Cahuaincuitl.

Efectivamente momentos después, volvía trayendo las pieles que había desollado á cinco enanos y á cinco jorobados. ¡Se les había sacrificado vivos delante de las mujeres del monarca!... ¡Y cual no sería la sorpresa de éstas, sabiendo que aquellos seres deformes eran los favoritos del Rey!... ¿Qué le pasaba, pues, á Moctecuhzoma?—preguntábanse.— Y todas veían cada vez con más terror hacia el Oriente por donde habrían de llegar un día próximo los hijos del Sol, los descendientes de Quetzalcoatl...

Cuando Moctecuhzoma vió las pieles de los jorobados y enanos que él mismo había mandado desollar en un arrebató de cólera, lloró de sentimiento... y mandó llamar á los más ancianos del reino para preguntarles sus sueños.

Desde ese día por todas partes fueron sus embajadores y sus sacerdotes avisando que el Gran Señor del Anahuac llamaba á los ancia-

nos y ancianas, á los sabios en conocer las cosas de la tierra, los arcanos del cielo, la marcha de los luceros, y también á los pintores y á los príncipes y toda clase de gente notable y esclarecida porque deseaba saber sus sueños, advirtiéndose que no hubiese dilación y que todos se dirigieran á la Gran Ciudad de Tenochtitlan.

Agregaban aquellos pregoneros imperiales de la irritada Majestad de Moctezuma, que si sus sueños se asemejaban á las profecías de sus sacerdotes, lloverían dichas y distinciones y grandezas sobre el feliz anciano ó anciana, sabio ó artista que pudiera referir el sueño grandioso que sería la salvación del Gran Imperio.

Ya comprenderán mis buenos amigos lectores que entusiasmo hubo en el Anahuac, por una parte, y por otra que terror porque se anunciaban también penas atroces para los que engañaran al Gran Tecuhtli ó Amo Supremo de los destinos de la Nación...

Era que el infeliz Moctecuhzoma se torna-

ba más y más loco, temblando miserablemente, como un cobarde por su vida... ¡solo por su vida y no por los destinos de su patria!

—¡Oh! ¡Rey miserable y cobarde, cuando podrás expiar tus crímenes! —rugía á veces en la sombra, allá por el rumbo de Coyoacan, cerca de la gruta de Cicalco, una voz misteriosísima...

Pero los que la habían oído y en público referían el caso; los llamaba el rey y después de interrogar mucho, al saber la terrible maldición, lleno de ira salvaje, mandaba desollar á los desdichados... y sus pieles eran colgadas de las paredes lujosas de sus salones...

Entretanto del mar no llegaban noticias... los palacios de madera que llevaban hombres blancos y barbudos, vestidos con trajes de colores y que manejaban el rayo y tratan monstruos ágiles que repartían la muerte con la mayor facilidad, no habían regresado.

¡El Emperador iba ya recobrando la calma cuando al fin se le presentaron todos los que iban á revelarles sus sueños!

Primero se presentaron los hombres más ancianos del Imperio de Anahuac. Apenas podían andar... llegaban temblorosos... más parecían muertos.. ¡tan viejos eran!

—¡Hablad, ancianos!...—¡Decime vuestros sueños!

—«Señor,—contestó el más anciano,—yo he soñado que en una llanura cubierta por las aguas llegaron unos hombres, hijos de valientes... que a estos los perseguían otros, pero que fueron vencidos por los que llegaban... Que á un gran «ídolo» lleno de sangre le alzaron una ciudad y dentro de ella un templo... luego vinieron los hijos de los vencedores y embellecieron la ciudad, y después fundaron otras ciudades y ya todo era poderío cuando vinieron los reyes malos... hubo una lluvia de sangre... ¡llovió sangre muchos años!... hasta que por fin cuando el último rey de las hermosas ciudades llegó, el agua se había convertido en sangre. Entonces se desencadenó una tempestad de rayos y truenos ¡y todo desapareció!»

¡Conque espanto escuchó Moctezuma aquellas palabras!... Más luego, pálido de rabia, exclamó:

—¡Fueral... ¡Llevadme á estos viles ancia-

nos y encerradlos hasta que mueran de hambre!—ordenó el injusto monarca.

Después se dirigió á las ancianas:

—¡Oh! Gran Señor—le respondieron—nosotras soñamos conque llegaba del Oriente un río terrible que fué arrasando todo y que se llevó el Templo Mayor y los palacios de los reyes... y ni una casa, ni un sacerdote quedó..

—¡No acabéis, viles ancianas, fuera! ¡y que seáis pasto de las viboras venenosas y de las hormigas!... Y el rey mandó acabar con aquellas infelices...

Llegaron los sabios, los artistas y los adivinos y estos contestaron todos á una, comprendiendo el peligro á que se exponían al confesar sus sueños:

—¡Señor, oh Gran Señor! nosotros no hemos soñado nada, sino lo de siempre .. glorias para vuestro reino, triunfos y conquistas por donde quiera... pero lo soñamos todos los días.

—¡Valientes vasallos, seréis pagados!... Id á que se os den mantas ricas y joyas .. escoged la flor de mis riquezas y referid á mi pueblo vuestros sueños.... Y el monarca pareció alegrarse profundamente, mientras oía los gritos

desesperados de los ancianos que iban á sacrificarse por su crueldad...

... En aquel instante una voz terrible gritó en medio del salón:

—¡Ay de tí, soberbio Emperador azteca, tus días están contados .. Ahora escucha mi sueño: Acaban de aparecer por el OmecatI las fortalezas que flotan sobre el mar, trayendo á los hombres blancos... soñé que sus rayos destruían tus «teocallis» y palacios, y que sus monstruos mataban á tus mejores capitanes... ¡y que tu mismo pueblo te apedreaba por cobarde!...

—¿Quién eres tú, infame que te atreves á tanto delante del rey-dios de los aztecas?

—¡Soy un enviado de la Gruta de Cicalco donde vive el gran sacerdote Huemac desde hace muchos siglos! Me envía á decirte que si quieres conservar tu imperio y que no se realicen nuestros sueños, seas justo y bueno, valiente y enérgico para salvar tu patria. . . .

Tan abrumado quedó el rey que no advirtió la salida del anciano; cuando alzó la cabeza para hacer prenderlo había desaparecido.

Aquel mismo día se presentaban ante las playas del Anahuac las barcas de Hernán Cortés y aquel mismo día corría la sangre de



los súbditos de Moctecuhzoma en la primera batalla ..

Un emisario llegó, jadeante á comunicarle la espantosa vuelta de las fortalezas de madera en que sobre el mar llegaban los hombres blancos...

—¡Han vuelto, oh! ¡Padre Huitzitipuchtli, Y el monarca se desmayó.

¡La conquista del Anahuac iba á principiar, cumpliéndose las profecias de los ancianos.



- Historia de Meztlichotil**  
**Las Hazañas de Moctezuma**  
**El Estandarte Negro**  
**Un Sueño de Moctezuma**  
**La Muerte del rey Tizoc**  
**Los paraísos del Nuevo Mundo**  
**El juramento de Cuahutemoc**  
**Historia de la bella Mallitzin**  
**El Abismo de las Flores de sangre**  
**Diego Colón, el hijo del Genio**  
**El defensor de los Indios**  
**Las tres carabelas en pos del Nuevo Mundo**  
**La paloma de San Pedro**  
**La cruz de la espada**  
**La princesa Axempaxot Chitl**  
**La conjuración ante el huracán**  
**El guerrero Azteca**  
**Las fuentes del oro**  
**Los españoles en Yucatan**  
**El Aguila ante los hijos del sol**  
**El Embajador Ocelotl**  
**Los monstruos del Rayo**  
**El castillo del poder**  
**Hernán Cortés y sus primeras aventuras**  
**El ocelotl en la Isla del Sueño Rojo**